

" LAS DOS CARAS DE LA VIDA "

Tiempo atrás, existía una señora viuda con dos hijas a su cargo. Ésta era una mujer con muy mal humor, hasta tal punto que decían que su difunto marido había muerto porque no la soportaba; ella, además, era soberbia, orgullosa, egoísta y presumida.

En cambio su marido fue bueno, trabajador y excelente persona, muy querido por sus vecinos y amigos.

Estos dos caracteres tan diferenciados se fijaron en sus dos hijas. La mayor era el vivo retrato de la madre, caprichosa, vaga y sumamente orgullosa; pero la menor salió al padre por su bondad, paciencia y simpatía lo que unido a su belleza hacían de la joven un ser querido por cuantos la conocían.

Como era de esperar la madre mimaba más a su hija mayor dándole todo tipo de caprichos, haciéndole caricias y halagos, mientras que su hija pequeña era tratada como una criada soportando todos los trabajos domésticos.

- ¡Vamos, tú, vaga - le decía la madre - date prisa o no terminarás nunca. Todavía tienes que hacer las camas, barrer, ir a la compra, hacer de comer y traer agua de la fuente! ¿No ves qué tu hermana está muy cansada y no debe trabajar?

Siempre era igual, la pequeña tenía que trabajar hasta bien entrada la noche, mientras que su hermana mayor se pasaba las horas ante el espejo mirándose, (aunque de guapa no tuviera nada), probándose vestidos y creyéndose una gran dama incluso su madre aumentaba sus ilusiones diciendo lo "maravillosa" que era su hija.

Sin embargo, la pequeña era muy paciente y lo llevaba con resignación. No tenía tiempo ni para descansar, lo primero que hacía al levantarse era ir a por agua a la fuente.

Una mañana soleada de verano la niña fue alegremente a la fuente a llenar su cántaro de agua, una vez lleno se sentó a descansar. En esos instantes se le acercó una anciana vestida con unos harapos y encorvada, apoyada en un palo; su aspecto no era

muy bueno, pero parecía estar aseada y limpia en la medida de lo posible. La anciana se sentó al lado de la niña y luego, con un hilo de voz, le dijo fatigada:

- ¡Ay, qué cansada estoy, querida niña! ¿serías tan amable de darme un poquito de agua? Ni fuerzas tengo para inclinarme...
- ¡Pues claro que sí, señora!- exclamó la niña- ¡beba, beba usted cuanto quiera! Yo lo que siento es no tener otra cosa que darle, de verdad. ¡Parece usted tan necesitada!

La anciana bebió del cántaro con avidez, debía estar muy sedienta. Poco después y cuando la niña se despedía para volver a su casa, pues temía el enfado de su madre si se retrasaba la anciana dijo:

- ¡Qué buena eres querida, tienes un corazón tan grande que no cabe en tu pecho! Hoy me has hecho un bien y eso merece un gran premio. Vuelve, vuelve a tu casa no sea que tu madre te regañe
- ¿Es qué conoce usted a mi madre, señora?
- Sí, hijita la conozco ... ¡Si supieras la cantidad de cosas que puede llegar a saber esta anciana inútil a la que acabas de socorrer! Anda, vuelve; no tardarás en conocer mi regalo por tú buen corazón.

La alegre niña, sin perder ni un minuto más, se despidió de la anciana encaminándose hacia su casa satisfecha por la ayuda que había prestado a un ser tan necesitado. Pero cuando llegó a su casa la madre, como siempre, la recibió de mala manera.

- ¡Ya está bien de tanta pereza y vaguería! ¿Es qué no te das cuenta de que tu hermana necesita el agua cuanto antes para lavarse? ¡Voy a tener qué darte un escarmiento a ver si aprendes de una vez por todas!
- Tienes razón madre, seguramente me he entretenido más de la cuenta y lo siento, pero no ha sido con mala intención. Te prometo que no ocurrirá más. ¿Me perdonas madre?

Pero ... ¿qué estaba ocurriendo? ¡ De la boca de la niña salían bellísimas piedras preciosas: diamantes, rubíes, topacios...

- Pero... ¿qué es esto? - exclamaba la madre entre asustada y maravillada sin acertar a pronunciar otras palabras.

- No te asustes, madre, no es nada. Sólo fui a por agua y volví.
- ¡Vamos, cuéntame ahora mismo qué otras cosas has hecho allí. No puedo fiarme de ti! ¡Habla, habla enseguida!

La hija menor le contó justo lo que le había ocurrido y lo de la anciana. Y mientras explicaba todo le salían más y más piedras preciosas de incalculable valor.

- ¡Sin duda era un hada! ¿No parecía un hada? ¡Vamos, habla!

Y sin esperar respuesta corrió a hablar con su hija mayor que como acostumbraba estaba mirándose al espejo contemplando su gran belleza.

- ¿Qué pasa vamos a ver? - dijo la hija mayor malhumorada - ¿Es que esa inútil no va a traer nunca el agua? ¡Qué asco de niña!
- ¡Déjate ahora de agua hijita; tengo algo mucho mejor para ti! Escúchame con atención y haz cuanto te diga. Creo que estás de suerte, cariño.

Y le contó lo que pasaba. La mayor, con el asombro reflejado en su cara la miraba pero cuando oyó lo que le dijo a continuación arrugó el gesto. ¡Qué tonterías eran esas!

- Ahora mismo - le decía la viuda - cogerás el cántaro e iras a la fuente a por agua. ¡No pierdas tiempo!
- ¿Ir yo a por agua a la fuente? ¡Eso nunca! ¡No soy una criada! Para eso está la inútil de mi hermana.
- Anda, hijita linda, no seas así ¿No ves que se trata de tu suerte? Serás rica y tendrás los mejores pretendientes de la comarca ... y sólo por ir a la fuente a por un cántaro de agua. ¿Lo harás luz de mis ojos?

Tanto insistió la madre que a regañadientes obedeció la mayor. Tomó el cántaro y renegando por tener que realizar tan bajo oficio fue a la fuente. Como nunca había realizado tan duro trabajo, llegó rendida, puso el cántaro debajo del chorro de agua y se tumbó en la hierba a descansar. ¿Mira qué tener que hacer de criada ella que era una auténtica señorita? ¡Era el colmo de los colmos!

Tan indignada estaba que no oyó acercarse a la anciana, que una vez a su lado le dijo:

- Querida niña, ¿serías tan amable de darme un poco de agua de tu cántaro? ¡Estoy tan cansada y soy tan vieja!
- ¡Vamos señora, déjeme en paz! ¿Es que no ve que estoy descansando? Si quiere usted agua, ahí está la fuente; beba usted todo lo que quiera y no moleste. ¡Nos ha jorobado la tía esta ...!

La anciana se sentó sin decir nada. Poco después, cuando la joven se disponía a marcharse sin mirar siquiera a la anciana, ésta dijo:

- Espera un poco muchacha. ¿Sabes una cosa: " tienes mal carácter, eres grosera y mal educada. Además no tienes compasión de nadie y no has sido capaz de hacer el pequeño favor que te he pedido..."
- ¡Bueno, cállese de una vez, que no estoy para sermones!
- Ya te dejo, pero antes escucha una última cosa: tu mal corazón merece un castigo. Vete en buena hora y no tardarás en saber de mí.

La joven se encogió de hombros con desprecio, tomó su cántaro y se marchó sin una sola palabra de despedida. Pronto llegó a su casa. Antes de entrar, su madre, que la esperaba impaciente en la puerta, corrió hacia ella y le preguntó:

- Dime, preciosa mía ¿Encontraste a la vieja en la fuente?
- ¡Claro que la encontré! Que vieja tan impertinente... Pretendía que le diera agua de mi cántaro, ¡con lo sucia y repulsiva que parecía!
- Pero... ¿qué es esto? - gritó la madre asustada - ¿Qué está pasando aquí? ¡Ay, Dios mío, qué desgracia!

Lo que ocurría es que mientras hablaba su querida hija mayor de su boca salían asquerosos reptiles: sapos, lagartijas y cosa parecidas. De nada servía que la joven quisiera explicar lo ocurrido porque cada vez que habría la boca ocurría lo mismo.

La madre aterrada tuvo que ponerle una mordaza para que la casa no se llenara de aquellos asquerosos bichejos.

Cuando las dos entraron en la casa, vieron a la hija pequeña que estaba metiendo en un bolso sus cosas, que eran muy pocas: unos andrajos y casi nada más.

- ¡Mi querida niña! - dijo la madre zalamera - ¿no pretenderás marcharte y abandonar a tu madre que tanto te quiere ...?
- Si madre, me marchó; me marchó y no volveré más a esta casa donde nadie me ha querido nunca.
- ¡Ay, Señor, cuantas desgracias! ¡Ten compasión de nosotras, niña! ¿Qué vamos a hacer ahora tu hermana y yo?
- Es fácil madre, puedes hacer que mi hermana no diga una sola palabra más. Os entenderéis por señas y asunto arreglado. En cuanto a vuestro porvenir, no os preocupéis, nada os faltará, recibiréis cuanto os haga falta pero yo he de irme en busca de alguien que me quiera más que vosotras.

Ni ruegos ni lágrimas conmovieron a la niña. Se despidió de su madre y hermana, que tenía la boca bien cerrada por si acaso, y se fue llorando porque en el fondo quería a su familia.

Con la fortuna que salía de su boca no tardó en encontrar un hombre honrado que, enamorado de ella, la solicitó en matrimonio, cosa que la joven aceptó encantada al comprobar que era un joven bueno y honrado y muy parecido a su querido padre, al que siempre recordaba.

Y gracias al trabajo de su esposo, el matrimonio vivió feliz y contento sin olvidar a la viuda y a la hermana mayor a las que socorrían con frecuencia pues desde que comenzaron a ser felices, el don de la anciana de la fuente había desaparecido, pero... ¿para qué lo querían ya si ambos eran felices?

ALICIA I. SAAVEDRA BAZAGA.
15 años. HUELVA.